

CÉSAR MOLINAS  
FERNANDO RAMÍREZ MAZARREDO

# LA CRISIS EXISTENCIAL DE EUROPA

¿Es la  
Unión  
Europea  
el problema o  
la solución?



DEUSTO

## Índice

- Portada
- Sinopsis
- Introducción y recomendaciones
- Prefacio. Un fantasma recorre Europa: el fantasma del pesimismo
- Primera Parte. ¿Qué es Europa?
  - Capítulo 1. La singularidad de Europa
  - Capítulo 2. La génesis del pacto social del siglo xx
  - Capítulo 3. La crisis del pacto social del siglo xx
- Segunda Parte. ¿Qué es la Unión Europea?
  - Capítulo 4. La construcción de la Unión Europea: del sueño a la realidad
  - Capítulo 5. Los problemas de diseño de la Unión Europea
  - Capítulo 6. La legitimidad de la Unión Europea y el auge de los populismos
- Tercera Parte. ¿Qué debe ser la Unión Europea?
  - Capítulo 7. ¿Sabe la Unión Europea adónde va? Los costes de la no-Europa
  - Capítulo 8. Una hoja de ruta para completar la Unión Económica y Monetaria
  - Capítulo 9. Defensa, seguridad e inmigración: avanzar a varias velocidades
- Agradecimientos
- Documentos institucionales referenciados
- Bibliografía
- Índice de siglas y acrónimos
- Notas
- Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre  
una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

## SINOPSIS

A pesar del progreso vertiginoso al que hemos asistido durante las últimas décadas, no todo el mundo está de acuerdo en que estemos mejor. En el libro, los autores abordan la historia y la caracterización de la construcción de la UE, los intentos de estabilización monetaria, la crisis del euro, la ampliación a los países del centro y del este y el Brexit. Plantean los retos que debe afrontar Europa. Hablan de las crisis de refugiados, del problema de legitimidad que tiene Europa y del auge de los nacionalismos. Todos estos conflictos hacen necesario consensuar un modelo económico y de convivencia para un futuro común. Para cerrar el libro fijan una serie de objetivos a largo plazo que se articulan en función de los problemas mencionados y remarcan los riesgos a los que nos enfrentamos si no se abordan esos problemas.

## Introducción y recomendaciones

Este libro es una reflexión sobre la célebre fotografía que figura en su cubierta: una imagen, tomada el 22 de septiembre de 1984, en la que el canciller alemán Helmut Kohl y el presidente francés François Mitterrand se dan la mano en Verdún, en un acto de homenaje a los muertos de ambos bandos en los diez meses que duró el sitio a dicha ciudad durante la primera guerra mundial; acto cuyo simbolismo representaba también una forma de pasar página respecto a las tres sangrientas guerras franco-alemanas, que tuvieron lugar en un siglo, y que suponía un gesto que cimentaba la paz y la estabilidad en Europa. La reflexión sobre dicha imagen combina muchos elementos de análisis histórico, económico, político, institucional, militar y filosófico. El hilo argumental fluye como contrapunto armónico entre las concepciones de Europa de Edward Gibbon, de Salvador de Madariaga y de Robert Schuman, entre muchos otros.

Es muy probable que, contra lo postulado por los agoreros, Europa haya comenzado ya un nuevo período de aceleración de su integración política. De confirmarse, sería una buena noticia para Europa y también para el mundo. El Viejo Continente aloja al 7 por ciento de la población mundial, produce el 25 por ciento del producto interior bruto (PIB) global y gestiona el 50 por ciento del gasto social del planeta. Es un modelo de sociedad que la gran mayoría de los europeos quiere conservar y profundizar. También es una fuente de inspiración para el conjunto de la humanidad.

La Unión Europea (UE) ha atravesado un largo período de desorientación que, en el contexto de la Gran Recesión, ha desembocado en lo que podríamos llamar una crisis existencial. En años recientes ha crecido la incertidumbre sobre la viabilidad del euro y sobre la conveniencia y el sentido de la continuidad de la Unión Europea. Han proliferado los populismos vocingleros, antieuropeos y antiglobalización que, convenientemente jaleados por los sensacionalistas tabloides, parecían amenazar de muerte el proyecto europeo. Tigres de papel. Las elecciones de 2016 y 2017 han colocado a cada cual en su sitio, poniendo de manifiesto que el populismo sólo ha triunfado en el mundo anglosajón, tradicionalmente el más crítico con la idea de una Europa unida. Donald Trump y el *brexít* no son vistos hoy día como obstáculos, sino como estímulos para la aceleración de la construcción europea. Las abultadas victorias electorales de Emmanuel Macron en Francia, con un programa abiertamente europeísta, hacen presagiar un nuevo dinamismo del eje franco-alemán. Y ello debería dar un nuevo impulso a la integración política en el seno de la Unión Europea.

¿Por qué es necesaria una Europa unida? ¿Por qué la unidad de Europa no puede construirse en detrimento de su diversidad? Éstas son las grandes preguntas cuyas respuestas se desgranán a lo largo de los nueve capítulos que componen este libro.

Está bien empezar los libros por el final, especialmente los de ensayo. Para ayudar al lector en esta tarea —y también para despertar su curiosidad— resumimos a continuación las principales propuestas y recomendaciones con las que concluye el libro. Pero, para hacerse una idea cabal de por qué estas recomendaciones tienen sentido, es probable que haya que leerse el libro en su integridad.

## Un decálogo de recomendaciones

A modo de resumen, he aquí diez recomendaciones referidas al proceso de integración europeo:

1. Siguiendo el ejemplo de Irlanda, la acción estructural de la UE debe dejar de poner énfasis en las infraestructuras de transporte y medioambientales y centrarse en la mejora de la empleabilidad y del capital humano para fomentar la convergencia real de las economías de la eurozona. Sólo así podrá asegurarse la convergencia nominal y la sostenibilidad presupuestaria a largo plazo.
2. Es deseable el establecimiento de un Tesoro europeo con capacidad de endeudamiento que pueda financiar proyectos orientados a acelerar la convergencia real de las economías de la UE. Los proyectos encaminados a mejorar y aumentar el capital humano —desde la I+D más sofisticada hasta la formación de desempleados de baja cualificación— deberían ser prioritarios.
3. Los partidos políticos deberían presentar programas paneuropeos para las elecciones al Parlamento Europeo. Sólo así, cuando las elecciones al Parlamento Europeo se desarrollen en clave europea, se podrá articular una legitimidad democrática en la UE.
4. El Semestre Europeo necesita dotarse de legitimidad democrática. Ello supone dar una implicación mucho mayor al Parlamento Europeo y a los diversos Parlamentos de los Estados miembros en los procesos presupuestarios de cada país.
5. La integración europea en defensa sólo tiene sentido si se hace alrededor de una fuerza nuclear táctica de carácter disuasorio, puesto que Rusia considera explícitamente el uso de dichas armas en posibles batallas convencionales.
6. Es un error que la UE trate a Rusia solamente como se trata a un enemigo. Hace falta una estrategia de palo y zanahoria, en la que la zanahoria sea la posibilidad de



- un acuerdo comercial preferencial tan ambicioso como sea posible.
7. Hace falta un «FBI europeo». La mera coordinación de servicios de seguridad e inteligencia no funciona ni tan siquiera dentro de cada país; y en ningún país del mundo. La labor antiterrorista debe ser dirigida por un organismo europeo con superioridad jerárquica respecto a los distintos servicios nacionales.
  8. El ciberespacio se parece al mar. Por él circulan bienes y servicios, y también todo tipo de piratas, corsarios y *hackers*. La UE debería aplicar al ciberespacio la ley del mar, impulsando el reconocimiento de la jurisdicción universal para los ciberpiratas y ciberterroristas, y combinándola con un sistema de cuantiosas recompensas para los delatores.
  9. También es preciso que se reconozcan a la UE competencias en materia de inmigración. Y ello por razones de eficacia y de equidad, y también para evitar el lamentable espectáculo de mezquindad que algunos Estados miembros están dando en esta cuestión.
  10. La UE tiene que hacer un esfuerzo explícito por cimentar el sentimiento de pertenencia a Europa por parte de los europeos. Ésta es una condición de legitimidad muy importante. Si este sentimiento —ese «*sense of us*» que diría Ricardo Hausmann— crece, se facilitará sobremanera la integración de los inmigrantes en sus países de acogida.

## Prefacio

### **Un fantasma recorre Europa: el fantasma del pesimismo**

Occidente, en general, y Europa, en particular, están atravesando una crisis de desorientación intelectual, contestación política, pérdida de prestigio de las élites dirigentes y pérdida de confianza de los ciudadanos en esas instituciones económicas y políticas que han sido capaces, en las últimas seis décadas, de generar un progreso económico y social sin precedentes en la historia. Crece la inseguridad entre los ciudadanos acerca de las consecuencias sociales y personales de las evidentes transformaciones que está sufriendo la economía. Y crece el miedo a que se inicie una reversión de la mejora continuada del nivel de vida a la que se han acostumbrado tres generaciones seguidas de europeos y norteamericanos, entre otros. Crece la sensación de que el mundo va a peor, salvo para un pequeño grupo de privilegiados y aprovechados, y de que los hijos de las actuales generaciones activas no serán capaces de mantener el nivel de vida de sus padres.

El malestar social es difuso, en el sentido que resulta difícil de definir con precisión, pero es muy intenso. Los síntomas de rechazo surgen por doquier: el fenómeno Trump en Estados Unidos; el auge de los independentismos escocés y catalán; las derrotas gubernamentales en el referéndum del *brexit*, en el referéndum antieuropeo en Hungría y en el referéndum de la reforma constitucional italiana; el auge de los populismos y la xenofobia en la gran mayoría de los países desarrollados; y la búsqueda de cabezas de

turco en quienes descargar todas las culpas. Escocia culpa a Londres; Cataluña, a Madrid; Inglaterra, a la UE y a los inmigrantes... Muchos gobiernos de la UE echan las culpas a Bruselas de todos sus males, sin mencionar que los aspectos más dolorosos de la crisis han tenido y están teniendo lugar en competencias exclusivas de los Estados miembros en las que la UE no tiene ninguna autoridad, como, por ejemplo, en el empleo, en el Estado del Bienestar e incluso en la inmigración. La UE está en el ojo del huracán de una crisis que poco o nada tiene que ver con ella. Lo cual no quiere decir que la UE no arrastre sus propios problemas, que son graves y muy relevantes para entender la complejidad de la situación actual. Estos últimos problemas los analizaremos en la segunda parte de este libro («¿Qué es la Unión Europea?»).

Pero la verdad es que nunca en la historia el mundo había estado mejor, aunque no sea así como lo perciben muchos ciudadanos de Occidente. Nunca los seres humanos habían vivido tantos años; nunca habían pasado menos hambre; nunca habían padecido menos enfermedades infecciosas; nunca había habido menos pobreza; nunca había habido menos violencia; nunca había habido más libertad; nunca había habido más igualdad... En muchas de estas cuestiones básicas ha habido más mejoras en las últimas décadas que en toda la historia previa de la humanidad (véase el recuadro siguiente).

#### RECUADRO 1. El mundo va a mejor: algunos datos relevantes

---

- **Desnutrición.** Desde 1945 a 2015, el porcentaje de la población mundial en estado de desnutrición ha bajado del 50 por ciento al 10 por ciento. Entre 1990 y 2015, la población aumentó en unos

2.000 millones de personas, y, a pesar de ello, la desnutrición se redujo la mitad en términos relativos: del 20 por ciento al 10 por ciento.

- **Agua potable y salubridad.** Desde 1980 hasta 2015, el porcentaje de población con acceso a agua potable ha aumentado del 50 por ciento al 92 por ciento; y el acceso a infraestructuras de salubridad (alcantarillado, inodoros, etc.) ha pasado del 23 por ciento al 68 por ciento.
- **Esperanza de vida.** En 1900, la esperanza media de vida al nacer era de treinta y un años. En 1950 era de cincuenta años. En 2015, de setenta y un años.
- **Pobreza.** En 1990, el 50 por ciento de la población mundial vivía en condiciones de pobreza absoluta (menos de dos dólares al día en términos de poder adquisitivo constante). Este porcentaje bajó al 10 por ciento en 2015, a pesar de que la población había aumentado en unos 2.000 millones de personas.
- **Violencia.** El siglo xx fue, en términos relativos al tamaño de la población, el menos violento de la historia, a pesar de sus dos guerras mundiales y de la aparición de la bomba atómica, como señala Steven Pinker.<sup>1</sup>
- **Medioambiente.** Como dijo Indira Gandhi, la pobreza y la necesidad son los grandes contaminadores. La contaminación se ha reducido muy deprisa en los países desarrollados. En el Reino Unido, la contaminación del aire cayó un 65 por ciento entre 1970 y 2015. La acidificación del ecosistema europeo cayó del 43 por ciento en 1980 al 7 por ciento en 2010. La superficie forestal europea crece el 0,3 por ciento anual desde 1990 (es decir, ha aumentado un 8 por ciento desde entonces).

- **Alfabetización.** El analfabetismo cayó del 60 por ciento de la población mundial, en 1950, al 14 por ciento, en 2015.
- **Libertad.** En 1950, el 31 por ciento de la población mundial vivía en democracias; en 2000, esta cifra se elevaba al 58 por ciento. En 1990, el 25 por ciento de la población mundial vivía en democracias liberales; en la actualidad es el 40 por ciento, cifra a la que se podría añadir otro 25 por ciento referido a quienes viven en países parcialmente libres, como México o Nigeria.
- **Igualdad.** En 1950, el 44 por ciento de los Estados tenía políticas discriminatorias hacia minorías étnicas; en 2003, ese dato había bajado al 23 por ciento. En 1900, las mujeres no podían votar en ningún país; en 1950 podían votar en cien países; y en la actualidad pueden votar en 188 países; las mujeres sólo están hoy día totalmente excluidas del proceso político en dos Estados: Arabia Saudí y la Ciudad del Vaticano. Actualmente, los varones en Estados Unidos tienen actitudes más feministas que las que tenían, en general, las mujeres en la década de 1970. El matrimonio entre personas del mismo sexo está reconocido hoy en 21 países.

---

Fuente: Johan Norberg, *Progreso*, Deusto, Barcelona, 2017.

A pesar de este progreso vertiginoso, no todo el mundo se siente ganador. No todo el mundo lo ha sido. La globalización, en todos sus estadios, ha sido beneficiosa para todos los países, pero, dentro de cada país, especialmente en los más ricos, ha tenido ganadores y perdedores. El coste redistributivo adverso de la globalización es mayor cuanto mayor es la apertura de un país, como argumentó Dani

Rodrik. Por este motivo, estos datos, incontestablemente positivos, no parecen relevantes a muchos habitantes de los países desarrollados que —quizá dándolos por supuestos y asegurados— miran al futuro con angustia y con pesimismo, convencidos de que el mundo no va a mejor, sino a peor. La historia no es nueva, ya lo escribió Jorge Manrique: «[...] / cómo, a nuestro parecer, / cualquiera tiempo pasado / fue mejor».

Los episodios de pesimismo son recurrentes en la historia de la humanidad. Florecen sobre un substrato psicológico de carácter evolutivo que lleva a los humanos a ponderar y a recordar más una noticia mala que diez noticias buenas que puedan acompañarla. Esto se refleja en las encuestas de opinión sobre cuestiones tales como la pobreza, la criminalidad, el medioambiente y, en general, sobre el tipo de cuestiones reflejadas en el recuadro 1. Aunque los datos objetivamente muestran grandes mejoras, la ciudadanía opina tozudamente que la pobreza y la criminalidad aumentan, que el hambre crece, que el medioambiente empeora y que todo va a peor. Éstos son los mensajes que los ciudadanos encuentran en los medios de comunicación, que difunden más lo malo que lo bueno porque saben que el público busca, sobre todo, las malas noticias. Esto no debería sorprendernos, porque forma parte de nuestra naturaleza: si los humanos no tuviésemos esa inclinación a «sobreponderar» lo negativo, es probable que nos hubiéramos extinguido mucho antes de la revolución neolítica. Existimos, hemos llegado hasta hoy, porque recordamos más lo malo que lo bueno. Y esto nos lleva fácilmente al pesimismo. Es nuestra naturaleza.

A lo largo de la historia, ese sesgo hacia la negatividad ha sido caldo de cultivo de todo tipo de santones, demagogos y populistas que prometen volver a supuestos paraísos perdidos dándole para atrás a la moviola del tiempo. La historia de la humanidad está llena de agoreros que, sin excepción, han estado equivocados. Centrándonos sólo en

los últimos mil años, y mencionando tan sólo unos poquísimos casos, podemos citar los siguiente ejemplos: los profetas del primer milenio, que llegaron a convencer a Europa de que el mundo terminaría el año 1000; Nostradamus, quien, en el siglo xvi, pronosticó una serie de catástrofes terroríficas que algunos siguen aguardado; Thomas Malthus, cuyas sombrías predicciones sobre la evolución de los alimentos y la población fueron universalmente creídas en su tiempo; el Club de Roma, que, en la segunda mitad del siglo xx, predijo que moriríamos de frío debido al agotamiento de los combustibles —según sus cálculos ya deberíamos haber muerto—; los predicadores del cambio climático, emparentados con los anteriores, que sostienen que el problema no es el frío, sino el calor, y que auguran un futuro terrorífico; los funcionarios de la Organización Mundial de la Salud, quienes, hace pocos años, pronosticaron terribles epidemias con la gripe aviar y con el ébola y que, recientemente, han causado gran alarma social previniendo contra el consumo de carne roja; y etc., etc., etc. La monserga viene de lejos. Una inscripción caldea de 3800 a. C. dice así: «Han venido tiempos malvados / y el mundo se ha hecho viejo y siniestro. / La política está corrupta. / Los hijos ya no respetan a sus padres». Hace casi seis mil años ya creíamos que el mundo iba a peor. Y, tozudamente y contra toda evidencia, lo seguimos creyendo.

El actual episodio de pesimismo, extendido en Occidente, tiene sus raíces en este sesgo hacia la negatividad que ha facilitado la supervivencia de la especie humana, y aunque tiene características singulares, también tiene paralelismos con lo ocurrido en anteriores ocasiones históricas. Vayamos por partes.

Las características singulares son las consecuencias sobre los países desarrollados de los procesos de globalización y de cambio tecnológico que se aceleraron en la década de los años ochenta y, sobre todo, desde 1989. Estos procesos, que deberían propiciar un mayor crecimiento